

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 6 de Noviembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 45

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: Crónica, por J. G. M.—Exposición histórico europea, por M. Pérez Villamil.—Poesías de Victor Hugo, traducidas por Teodoro Llorente.—La Debacle, por Francisco F. Villegas.—Tristeza, por R. Sánchez Díaz.—El Capitán Monistrol, por Carlos Monselet.—Bellezas viejas, por José de Siles.—Meleagro, por Paul de Saint-Victor.—Nuestras ilustraciones.—Advertencias.—Anuncios.

FOTOTIPIAS: María Tubau.—Episodio de la batalla de Trafalgar.—Célebre bandera de las Navas, conquistada á los moros por Alfonso VIII.—Madrid: Nueva estación de Atocha.

CRÓNICA

Los motines se han recrudecido; en Madrid y provincias se propagan como si fuesen una epidemia. Por si unas bandas de música, en vez de tocar en un sitio se instalan veinte metros más allá, gritos y tumultos, pedradas y linternazos, vivas y muertas, romper faroles é incendiar con petróleo un tablado y.... no hubo más, gracias á la sensatez y cordura de los amotinados, porque las autoridades no pusieron impedimento alguno á la soberana voluntad de los manifestantes.

Son una desgracia, mejor diré, una calamidad estas costumbres democráticas que ahora imperan; de continuar por este camino no se halla lejano el día en que presenciemos en Madrid un lynchamiento; basta para ello que la prensa popular jalee unos cuantos días á nuestro culto é ilustrado público, le señale determinada personalidad y al fin acabe por decirle:

—¡A ella, chucho!

Y el público, no lo duden ustedes, morderá.

* * *

El Congreso literario que en esta semana se ha verificado en Madrid ha sido un grande y solemne acontecimiento, que está llamado á influir provechosamente en bien de las letras y de las fraternales relaciones que ya afortunadamente existen entre España y las Repúblicas hispano-americanas.

El gran poeta español, el que ha cincelado y esculpido como nadie el habla castellana en inmortales versos, D. Gaspar Núñez de Arce, abrió el mencionado Congreso, pronunciando en su sesión preparatoria un importante discurso de alto vuelo y de grandiosa dicción, nutrido todo él de profundos y acertados pensamientos.

Este discurso y el que en la sesión inaugural pronunció el Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, llenaron de entusiasmo á la numerosa y docta concurrencia, que aplaudió con delirio la prodigiosa elocuencia, el vasto saber, el acendrado patriotismo y las transcendentales miras del señor Cánovas, quien, á más de un perfecto y grande hombre de Estado, es un eminente literato y sentido poeta de exquisito gusto, de forma clásica y de inspiración tiernísima y delicada.

Muchos ilustres oradores han terciado en las discusiones del Congreso literario; muchas y muy útiles ideas han surgido allí: ¡plástima sería que tan gratos proyectos y tan excelentes propósitos no fuesen más allá, y expirasen con las últimas palabras y los postreros aplausos, para volver á los rutinarios y estériles procedimientos hasta ahora seguidos en nuestras relaciones con América!

Decía bien el Sr. Zahonero: más que léxicos y gramáticas, más que epitomes y obras de texto, lo que fortalece, enriquece y propaga un

idioma es su literatura; facilitense las relaciones literarias entre España y América favoreciendo el comercio de libros; conozcamos y acojamos como propia la literatura hispano-americana, y llevemos á América la novela, el drama y la poesía española, y el castellano se alzaré potente y robusto en el nuevo continente, siendo el alma de las ciencias, las artes, el progreso y la civilización de las presentes y futuras generaciones.

* * *

El *Horticultor Times* cuenta una extraña historia recogida de labios de un colono de Georgetown, en el Estado de Tejas. Este colono, llamado Martín, encontró recientemente en el bosque que rodea aquella ciudad, á orillas del río San Gabriel, un ser raro, cuya presencia ya había sido observada por otras personas.

Es una mujer salvaje, que parece tener unos diez y siete años de edad; no lleva ninguna clase de vestidura, ni sale nunca de la selva. Tampoco se sabe hasta ahora que haya entablado conversación con nadie. Verdad es que si ella lo ha intentado será probable que no la hayan entendido, porque es indudable que si habla debe ser un lenguaje inventado para su uso particular.

El hecho es que cuando Martín vió á la bella (bella pareció á Martín, acaso por el traje que vestía) estaba tendida sobre el verde musgo, desayunándose (era muy de mañana) con unas hierbecillas que parecía rumiarse con agrado. Muy despacito, para no asustarle con sus pisadas, se aproximó Martín al lugar en donde ella se hallaba tendida y quiso aprisionarla; pero ella entró poseída del más espantoso furor, se defendió de tal modo, que, á pesar de ser Martín un mozo fornido, se desasíó de él, causándole con los dientes y las uñas bastantes heridas de consideración. Es de advertir que durante esta lucha, que por cierto fué larga, no prorrumpió la joven un solo ¡ay! ni se le escapó el menor grito.

Una vez libre de su opresor, se internó nuevamente en el bosque.

Se supone que este ser curioso habita en las cavernas formadas por las aguas en las orillas del río San Gabriel.

La descripción hecha por Martín de la joven salvaje coincide con las de otros colonos que con anterioridad á aquél la habían visto.

J. G. M.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

ASPECTO GENERAL

I

Después de recorrer los amplios salones de la Exposición; de pasar la vista deslumbrada por la colección maravillosa de obras artísticas que allí se han acumulado en poco tiempo; de admirar con veneración profunda las reliquias de nuestras perdidas grandezas, siéntese, con la nostalgia de lo pasado, más deseo de callar y de meditar, transportada la mente á los siglos en que brotaron esas joyas por espontáneo impulso de una cultura universal y fecunda, que de tomar la pluma para estampar en el papel las impresiones recibidas, y menos aun para relatar, en vulgar prosa, los nombres y fechas que simbolizan tantas glorias y que tienen lugar honrosísimo en la historia patria.

La Exposición, aunque hecha de prisa y mal ordenada, ha resultado el principal suceso de las fiestas del Centenario; lo cual prueba, para regocijo y satisfacción de los amantes de las glorias patrias, que á pesar del espantoso despilfarro que ha malbaratado nuestro patrimonio artís-

tico; que no obstante lo mucho que se ha perdido y deshecho en cuarenta ó cincuenta años de guerras fratricidas y de codicias insaciables, todavía, gracias á Dios, es mucho lo que conservamos para acreditar cuánta fué nuestra grandeza y cuánta esperanza podemos abrigar, en medio de nuestras actuales miserias, de días mejores nacidos al calor de la genial fecundidad de nuestra noble raza.

Es cierto que la Exposición histórica tal como se pensó y anunció se ha desnaturalizado; debía ser expresión y testimonio de la cultura española ó europea en la época del descubrimiento de América, comprendiendo la segunda mitad del siglo xv, todo el xvi y los primeros años del xvii.

El concurso se ha ido ampliando hasta comprender objetos que se remontan al siglo x, y otros cuya cuna casi casi tocamos nosotros con la mano.

Y al decir esto no es porque lo censuremos; al contrario, celebramos la ampliación que nos proporciona el gusto de admirar objetos valiosos y únicos de los siglos medios. Con lo que no estamos tan conformes es con haber admitido obras de escaso mérito del siglo décimooctavo.

La Exposición, tal como ha resultado, puede dividirse en tres secciones: Objetos pertenecientes al Estado, y que se conservan en sus Museos y Bibliotecas; objetos procedentes de iglesias y catedrales; objetos, en fin, de coleccionistas particulares. Esta clasificación, aunque exacta en cuanto al origen actual de los objetos, no lo es en cuanto al origen remoto, pues si bien se mira se verá que la mitad ó más de los objetos que posee el Estado son de procedencia eclesiástica, y que otro tanto acontece con las colecciones particulares. La Exposición, por lo tanto, ofrece como nota predominante el carácter religioso; más que nada, es una Exposición de arte cristiano.

Rindamos, pues, á la Iglesia española el debido tributo de reconocimiento por haber sido la protectora constante de las artes y el manantial de donde han brotado los caudales de nuestra riqueza arqueológica.

II

Ha sido buena idea, aunque mal realizada á nuestro juicio, la de traer á la Exposición las alhajas de las Catedrales, que no queremos decir los Tesoros, porque la frase resulta exótica y poco apropiada. Decimos que ha sido mal ejecutada, porque debió empezarse por formar una junta ó comisión compuesta de dignidades de los Cabildos metropolitanos, la cual hubiese tenido á su cargo todo lo relativo á esta parte de la Exposición. De este modo se habrían desvanecido recelos disculpables para la generación que ha conocido el decreto de incautación de Ruiz Zorrilla, y además se habría hecho reflejar todo el mérito de esta parte de la Exposición sobre los mismos Cabildos que hubiesen concurrido á ella.

Algo de esto comprendió á última hora, con su indiscutible penetración, el Sr. Linares Rivas, cuando en circular dirigida á los Prelados excitándoles á enviar objetos de las Catedrales, les decía que hiciesen cuantas observaciones creyesen oportunas para la mayor seguridad y esplendor de los objetos, pues serían estimados y tenidos en cuenta.

El procedimiento más eficaz y sencillo hubiese sido haber dicho á los Cabildos, representados por la junta formada de Capitulares: «Ahi tenéis salones á vuestra disposición y los fondos necesarios; á vuestro cargo corre elegir el personal que os haga falta; vuestro el reglamento por el que se ha de regir esa instalación puramente eclesiástica; vuestra, en fin, toda la gloria que resulte de la exposición de vuestras alhajas.»

No se ha hecho así, sino que se han enviado comisionados extraños á los Cabildos, como para arrancarles por compromiso y con sorpresa el concurso de sus joyas; se les ha sometido á una reglamentación administrativa, y se les ha privado de aquella acción directa que debe de tener todo expositor en un concurso público.

El resultado, aunque admirable, no lo negará nadie, no ha correspondido á lo que podía y debía esperarse de nuestros Cabildos eclesiásticos. La prueba es, que de 65 Catedrales que hay en España no han concurrido ni la mitad, y su concurso,

con ser maravilloso, no representa ni la quinta parte de las obras artísticas que poseen. Tres solas Catedrales de las que han enviado objetos, Toledo, Sevilla y Córdoba, hubieran podido llenar de joyas prodigiosas los cuatro ó cinco salones donde se han extendido los envíos de todas las concurrentes.

Pero si el procedimiento para interesar á los Cabildos no ha sido eficaz, el empleado para apremiar á los reacios nos ha parecido deplorable.

En una vitrina se han colocado varios cartelones con los nombres de las Catedrales que no han enviado nada, y á esta vitrina, con ocurrencia de mal gusto, se la nombra entre los empleados de la Exposición bajo el título del *Purgatorio*. Lo cual parece querer decir: «Ahí están á la vergüenza ó á la indignación pública hasta tanto que rediman su falta enviando sus joyas.»

Se nos figura que ni el dignísimo Delegado ni sus subordinados técnicos han pensado bien en la gravedad de esta medida, que á parte de envolver la sospecha siempre peligrosa de una denuncia, no parece revestir los caracteres de seriedad y de buen gusto que debe resplandecer en una Exposición de arte, y de arte cristiano, que tiene exigencias más altas y más trascendentales. Aplaudamos á los Cabildos que han enviado sus joyas; pero respetemos á los que, por razones que ignoramos, no han enviado ninguna.

Sea como quiera, y aceptando la frase vulgar de que para muestra basta un botón, las obras artísticas que han enviado las Catedrales acreditan el mérito de nuestros artistas en los pasados siglos, mérito tan alto y tan brillante que puede resistir, sin temor, el parangón con las demás naciones europeas, sin excluir á Italia, madre de las artes y campo en que han florecido los mayores ingenios.

III

El Estado y la Corona han contribuido con numeroso y rico contingente al éxito de la Exposición. Tres salones ha ocupado el Museo Arqueológico nacional, otros tres el Real Patrimonio, uno la Biblioteca nacional y otros dos los Museos y Bibliotecas provinciales.

No parecerá bien á todos la exposición de libros y diplomas, pues se dirá, y no sin algún fundamento, que el público, por docto que sea, no podrá gozar con el mérito de esas obras encerradas en escaparates, y saldrá de la Exposición sin conocer aquellos libros más que por el forro.

Las aficiones paleográficas y diplomáticas del Delegado técnico, P. Fita, han debido reflejarse y se han reflejado á maravilla en esa parte de la Exposición que, no obstante su mérito y su importancia histórica, será la menos aprovechada por el público.

Las colecciones artísticas del Real Patrimonio, atestiguando el poderío de nuestra monarquía, deslumbran con los destellos de su riqueza y hermosura. Bastaría la de tapices, sin rival en Europa, para colocar nuestra Casa Real á la cabeza de las que se honran en Europa con sus galerías artísticas y sus colecciones arqueológicas.

No están en la Exposición, ni era fácil, todos los tapices, que, como es sabido, forman varias series; pero hay muchos y muy buenos, sobre todo los de la sala XVI, donde hay ejemplares de las series de *Vicios y Virtudes*, de la *Pasión del Señor*, de la *Conquista de Túnez por Carlos V*, del *Apocalipsis*, en los cuales no se sabe qué admirar más, si la composición pictórica ó la finura del tejido, ambos maravillosos.

La Casa Real ha traído además joyas del Escorial, de una riqueza que asombra, y ha trasladado algunos ejemplares de la incomparable Armería de la Casa de Austria.

Los Museos provinciales han enviado poco y de escasa importancia. Es verdad que excepto el de Valladolid, que abunda en esculturas magníficas, los demás poseen pocos objetos de nuestra buena época, siendo más bien depósitos de monumentos romanos de la provincia, es decir, de aquellos objetos que se estiman y pagan menos en el comercio de antigüedades.

IV

Las colecciones particulares son muchas, y algunas muy escogidas y excelentes.

El Condé de Valencia de D. Juan, el General Nogués, D. Guillermo Osmá, el Marqués de Cubas, el Duque de Sexto, D. Alberto Salcedo, el Marqués de Casa Torres, la Condesa de Santiago, D. Miguel Cerrazola, D. Luis Ezpeleta, don José Estruch, el Sr. Duque, vecino de Segovia, D. Pedro Bosch, y otros que no recordamos ahora, han llevado á la Exposición gran variedad de obras artísticas de todos géneros, dominando las de orfebrería, esmaltes, telas bordadas, armas, hierros y pinturas.

De cuál sea la procedencia de todos ó casi todos estos objetos que hoy adornan los gabinetes de los amantes de las artes, no hay que preguntar: abundan las cruces procesionales de plata y de bronce esmaltado; las imágenes de Santos labradas en marfil y madera; las tablas y restos decorativos de retablos ojivales; las cajas de reliquias cubiertas de relieves y de esmaltes; las tiras bordadas de casullas y dalmáticas; los exvo-

tos, las medallas, los incensarios y acetres, los libros de Horas y hasta los cálices y copones.

Esos son los restos de un naufragio en que perecieron innumerables joyas y monumentos nacionales; restos que acreditan la grandeza perdida y la fortuna dilapidada; pequeños vestigios del patrimonio de nuestros padres, que están clamando en gritos desgarradores contra el bandalismo moderno y contra los despilfarros de una generación sin gusto y sin entrañas.

Todos esos objetos que hoy se pagan á peso de oro, y se colocan sobre estuches de seda y se enseñan bajo cristales, hubo un tiempo en que eran tan comunes que se hallaban al alcance del vulgo, y el vulgo los respetaba. Los clavos de una puerta, los balaustres de una escalera, las insignias de una cofradía, los libros de devoción, los tapices que decoraban los pórticos de los templos, todo reflejaba el gusto artístico de las generaciones pasadas, y formaba el patrimonio de una nación rica, como pocas, en monumentos de primer orden.

Los que saben apreciar el mérito de las artes y comprenden que las obras que éstas producen son el reflejo de la cultura de un pueblo, porque no hay obra de arte sin inspiración, ni inspiración sin ideales; los que piensan y sienten no pueden menos de experimentar, á presencia de esos restos gloriosos, profunda veneración á la España antigua, que puso por corona de todas sus grandezas las maravillas de un nuevo mundo.

Por hoy nada más; otro día detallaremos nuestras impresiones, reseñando las principales joyas que forman el admirable caudal de la Exposición europea.

M. PÉREZ VILLAMIL.

POESÍAS DE VÍCTOR HUGO

I

NOMEN, NUMEN, LUMEN

(De *Las Contemplaciones*.)

Quando hubo terminado su obra entera;
Y, ordenando los soles su tropel,
El lugar ocuparon en la esfera
Que les marcara El;

De revelar al mundo cuál se nombra
Juzgó llegados los momentos ya,
E irguiéndose sereno, entre la sombra,
Exclamó: «Jehovah.»

Las letras de ese nombre, en luces bellas
Trocaadas, fulguraron, y ellas son
Las siete brillantísimas estrellas
Del negro Septentrión.

II

ESPECTÁCULO TRANQUILIZADOR

(De *Luces y sombras*.)

Todo es júbilo y luz y resplandores.
La araña diligente
A los pétalos prende de las flores
Tenues blondas de nácar transparente.

Contempla la libélula extasiada
El estanque profundo,
Donde hierve en el agua sosegada
De seres microscópicos un mundo.

La rosa con los lirios seductores
Tiene dulces porfías;
Y en el ramaje, lleno de fulgores,
Canta el pájaro, henchido de armonías.

Canta y bendice á Dios, que al que lo llama,
Escucha siempre atento;
Que da la aurora, párpado de llama,
A la pupila azul del firmamento.

El soñador cervato, mudo huésped,
Cruza el bosque sonoro;
Y en estuche de seda guarda el césped
El viviente joyel de insectos de oro.

Pálida, como enfermo que á la vida
Vuelve, la luna hermosa
Los claros ojos abre adormecida,
Do la celeste luz arde amorosa.

Los alielés juegan con la abeja
Allá en el pardo muro;
Y el largo surco que trazó la reja
Remueve el grano, que germina oscuro.

Pósase dulcemente en el abierto
Campo la pura lumbre,
La fugaz sombra en el raudal incierto,
El cielo azul sobre la verde cumbre.

Charla el bosque, murmura la maleza,
La flor se abre y se engrie...
Hombre, ¿por qué temer? Naturaleza
Conoce el hondo arcano, y se sonríe.

III

A TU LADO

(De *Luces y sombras*.)

Al hablarme de triunfos y de glorias,
Tristemente sonrío:
¡Yo sé bien que esas sombras ilusorias
Mentira son, bien mío!

A la gloria la envidia macilenta
Vence en tenaz porfía,
La perdona no más cuando se asienta
Sobre la losa fría.

La suerte es loca, y á su embate recio
El poder cae vencido:
Un suspiro de amor tiene más precio,
Y hace menos ruido.

Yo solo quiero, y basta á mi ventura,
Tu voz y tus sonrisas,
Flores en el jardín, y en la espesura
Rayos de luz y brisas.

Yo, que oculto en la sombra, prenda amada,
Placer ó pena ansiosa,
Tan sólo quiero ¡jestralla! tu mirada,
Tu aliento, ¡fresca rosa!

En tu pupila, cuyo espejo terso
Celeste luz destella,
Duerme abismado todo un universo;
¡Y tan sólo el amor busco ya en ella!

Mi pensamiento, manantial profundo
de amor y de ambrosía,
Que pudiera muy bien llenar el mundo,
Sólo tu corazón llenar ansia.

¡Canta!, y ya gozo la celeste lumbre;
¡Sonríe! Más no pido.
¿Qué me importa la loca muchedumbre,
Que lejos clama con estéril ruido?

En vano en estos éxtasis risueños,
Por matar mis amores,
Los luminosos vates, en mis sueños,
Pasar miro entre nubes y fulgores.

Quando esa dulce tentación me asalta,
Mi amor no desfallece;
Al himno del poeta, que me exalta,
Prefiero tu canción, que me adormece.

Y aunque mi nombre en el zenit glorioso
Brille, la mejor parte
De mi rendido ser, dueño amoroso,
Ha de quedar aquí para adorarte.

Deja que te ame triste y pensativo:
Deliciosa penumbra
Es la tristeza, y con fulgor más vivo
En esa oscuridad amor alumbra.

¡Ángel de ojos brillantes y serenos,
Mujer de húmedos ojos,
Si mi espíritu encumbras, á lo menos
Deja á tus pies mi corazón de hinojos!

Traducción de TEODORO LLORENTE.

LA DEBACLE



ENTRE los muchos libros que ha escrito Emilio Zola, acaso sea *La Debacle* el que ha obtenido éxito más lisonjero, considerado éste desde el punto de vista mercantil. Varias causas han contribuido á ello: es la primera la justa nombradía que el autor ha conquistado con sus obras anteriores; otra, el género que cultiva, que, sea cualquiera su valor absoluto, tiene el atractivo de la moda, caprichosa deidad que lo mismo interviene en las galas y atavíos femeniles, que en los rumbos y procedimientos del arte; y otra, finalmente, el asunto de la novela, de interés grandísimo, no sólo para Francia, sino para todo el mundo civilizado.

Que Zola pertenece al número de los grandes artistas, verdad es que nadie, á no ser ciego de entendimiento, se atreverá á poner en tela de juicio. Podrá censurarse su teoría artística, su pesimismo, sus exageraciones sistemáticas; mas á pesar de sus defectos y á despecho de críticas enconadas, la gran figura literaria del autor de *Los Rougon Macquar* álzase sin rival por encima de todos los novelistas actuales. Defectos de bulto los tiene, no todo lo que ha producido le sobrevivirá; quizás su escuela muera con él; mas, á pesar de todo, es innegable que páginas hay en *Germinál*, en *L'Œuvre*, en *La Terre*, en *L'Assommoir*, en la *Joie de vivre*, que pueden competir con lo más hermoso que el arte ha producido desde los tiempos de Homero.

Zola, como todos los grandes artistas, tiene el don de reflejar en sus obras el estado social de su pueblo y de su tiempo. Nuestra sociedad es descreída, desesperanzada, pesimista, ansiosa de placeres y víctima del hastío, y ese hastío, esa pereza moral, esa ansia de goces que parecen



MARÍA TUBAU

FOTOG. DE EDC. DEBAS.



CÉLEBRE BANDERA DE LAS NAVAS, CONQUISTADA A LOS MOROS POR ALFONSO VIII

FOTOG. DE J. LAURENT Y C^{IA}

flotar en torno de la generación presente, producen en el alma del solitario de Medán efecto parecido al que en los papeles higrométricos ocasionan los cambios meteorológicos. Privilegio es este, como todo el mundo sabe, de los verdaderos artistas: el malestar del siglo XVIII, especie de presentimiento de un gran cataclismo social, se manifiesta en el *Werther*, escrito, si hemos de creer á su autor, de un solo impulso y como obedeciendo á una fuerza superior; el espiritualismo místico y caballeresco de nuestros siglos gloriosos se encarna en los dramas de Calderón; en *La Comedia* de Dante se condensan las lobregueces de la edad media, y en los libros de Byron y Heine parece que resuena la carcajada escéptica de una sociedad impía. Estos hombres inspirados fueron el eco de su tiempo, pero al mismo tiempo aspiraron á ser guías de la humanidad, cumpliendo así la máxima que Schiller formuló diciendo al artista: «No te aventures en la peligrosa compañía de lo real antes de haberte asegurado en tu corazón un círculo de naturaleza ideal.» Zola se ha limitado á copiar lo que su siglo ofrece ante sus ojos, poniendo en sus obras el color del temperamento á cuyo trasluz ve ó cree ver la realidad.

He indicado que el asunto de la última novela de Zola ha sido una de las causas principales de su éxito. En efecto, el duelo tremendo entre Francia y Alemania no es sólo el combate entre dos pueblos rivales: es algo más; es la lucha encarnizada entre dos razas, de una parte la raza latina, envejecida por una vida de veinticinco siglos; de otra, la raza germánica, mucho más joven, y por consiguiente más robusta. El pueblo alemán, fraccionado en cien Estados diversos, que á principios del siglo, no obstante la reciente memoria del gran Federico, era poco menos que aplastado por las tropas de Napoleón, sale ahora de entre las nieblas que le envolvían, fuerte, valiente, organizado sobre la base de un régimen puramente militar, y anunciando solamente con su aparición cambios tremendos en las viejas nacionalidades europeas. Algo de esto había entrevisto Enrique Heine en su libro sobre *Lutecia*: «El trueno de Alemania es también alemán; no estalla de repente, sino que se acerca rodando con lentitud; pero llegará al cabo, y cuando oigáis un crujido como nunca ha sido oído por la humanidad, sabed, ¡oh franceses!, que ha estallado por fin la tempestad alemana.» Ese crujido, espantoso para Francia, fué Sedán. Zola—valiéndose de una frase del poeta judío—ha convocado á los pueblos y agrupados como en las gradas de un anfiteatro para narrarles con voz de dolor la gran catástrofe del Imperio francés. Tal es el propósito que se contiene en las páginas de *La Débâcle*.

¿Cómo ha realizado el autor su pensamiento? Contestar como Dios me dé á entender á esta pregunta es el objeto de estos renglones. No intento negar méritos á Zola, que soy el primero en admirar; no pretendo tampoco juzgar su libro—que fuera esto en mí temeraria pretensión.—Soy un lector que después de recoger cuidadosamente las ideas que le ha sugerido la lectura de *La Débâcle* las ofrece al público, por si hay entre ellas alguna que merezca sumarse al juicio colectivo formado por ese crítico inapelable que se llama público.

La Débâcle es más bien que una novela un poema épico-histórico de aquellos que, como á *La Araucana*, aplican los preceptistas el nombre de poemas *acéfalos*. En rigor, ni Juan ni Mauricio son los protagonistas del libro: el héroe verdadero del poema ó de la novela es la Francia del Imperio, tal como Zola la ha imaginado. envilecida y ebria como Coupeau, ulcerada y prostituida como Nana, sórdida como Sacard, cínica como el sacrilego Jesucristo de *La Terre*, corriendo desatentada hacia el abismo, detrás de un fantasma macilento *emperador de tristes destinos*, y agobiada por el peso de una fatalidad implacable. Aquel ejército que sigue al enfermo imperial, más bien que conjunto de soldados, parece miserable rebaño destinado de antemano al sacrificio. Aunque no se conociese la historia, bastaría con leer las primeras páginas del libro para adivinar el fin desastroso que aguarda á aquellas tropas sin honor. ¡Qué prólogo el del terrible drama que va á representarse en el valle del Mosa! Las tropas hambrientas y faltas de entusiasmo, los generales torpes y vanidosos, el emperador enfermo y abatido, los pueblos huyendo en masa y levantando en su fuga «el polvo de las grandes emigraciones». En todos los ánimos la pesadez de la orgía; en todos los corazones el desaliento; en nadie la fe, ni el ansia de gloria ni la ceguera del entusiasmo, especie de locura á la que la Historia debe sus mejores páginas y la Humanidad sus mejores conquistas. El duelo que va á librarse no ofrece el interés de la curiosidad: el vencedor es conocido de antemano, hasta el punto de que Zola ha podido escribir al frente del primer capítulo de su obra frases parecidas á las primeras de la *Ilíada*: «Canta, musa, la cólera de Aquiles de Peleo, dolorosa para innumerables argivos.»

Toda la obra es un tejido de desastres: el ánimo del lector se fatiga con la monótona narración de tantas desventuras, contadas todas ellas con el tono lúgubre de una elegía desolada, y con tal

lujo de detalles, que á veces la amenidad de la novela se desvanece ante la severa prolijidad de la historia.

La Débâcle se divide en tres partes, que bien pudieran titularse: «Antes de Sedán», «Sedán» y «Después de Sedán». En la primera, el autor pinta con todo género de pormenores las causas, según él, de la catástrofe: la desorganización del ejército, su indisciplina, las marchas sin objeto, la ignorancia de los jefes, el retraso en la llegada y distribución de los víveres, las vacilaciones del emperador y las torpezas todas que sirven de prólogo al desastre. Después de esta dolorosa peregrinación comienza el verdadero drama: *Sedán*. Esta segunda parte es lo mejor del libro. No obstante lo inmenso del lienzo y la multitud de figuras que lo cubren, no hay grupo ni episodio que no ocupe su lugar propio, sin estorbarse unos á otros y apareciendo siempre por encima de toda aquella múltiple variedad formada por la muchedumbre de soldados, el tronar de los cañones, las cargas frenéticas de la caballería, las escaramuzas parciales, el hospital de sangre, los rincones de la batalla, los heridos fugitivos, el tropel gigantesco de trescientos mil hombres combatiéndose durante todo un día... esa difícil unidad que es el secreto de los grandes escritores.

En la tercera parte la novela decae visiblemente. Todo en ella es pálido y artificioso: el episodio de la muerte de Goliath repugnante é innecesario, y las escenas de la *Commune* parecen más bien las narraciones de un *reporter* que el último canto, por decirlo así, de lo que pretende ser una colosal epopeya.

Sobre este fondo, en parte magnífico, como es lo referente á Sedán; en parte árido, como el prólogo; en parte, finalmente, pobre, como el epílogo, deslízase artificialmente la acción de la novela propiamente dicha. Zola buscando ocasiones para describir los diversos episodios de la batalla, mueve á sus personajes con resortes parecidos á los que emplean los dramaturgos efectistas. Así, para preparar el cuadro patético de Bazailles, en que Weis es fusilado por los bávaros, quienes arrancan de sus brazos á Enriqueta, hace salir á ésta de Sedán, cruzar el campo de batalla, romper las filas enemigas, desafiar la metralla, saltar cercados, rodear arroyos, cruzar calles incendiadas..., todo para preparar un *tableau* digno del final de un tercer acto de Sardou. Sin saber cómo, volvemos á encontrar á la andante joven en una casa sitiada por los prusianos. ¿A qué ha ido allí?, preguntará el curioso lector. Pues precisamente para que Mauricio se la encuentre de manos á boca, y juntos escapen como por milagro de las bayonetas alemanas. Más adelante le pegan un balazo á Juan, el amigo inseparable de Mauricio; éste le conduce á casa del tío Fouchard, y allí se encuentra ¿con quién?... Pues con la misma Enriqueta, que no parece sino que tiene el don de la ubicuidad. Y no terminan aquí las coincidencias: al capitán Boudin le conducen herido á la ambulancia improvisada en casa de Delaherche, á fin de que muera allí bajo el mismo techo que fué testigo pocas horas antes de su fortuna amorosa. Y como si todos estos casos no fuesen aún bastantes, Juan, el íntimo amigo de Mauricio, da muerte en una barricada de las calles de París á su querido compañero, precisamente en el mismo día en que Enriqueta, la joven ubicua, acaba de llegar de Sedán, con objeto de que el desenlace de la novela tenga todo el efecto dramático y transcendental de los dramas de tesis. Las casualidades, como se ve por lo que dejo dicho, abundan en *La Débâcle* tanto como en la famosa capa del estudiante. Da pena ver un ingenio tan esclarecido como el de Zola valiéndose de esos pobres recursos de bastidor. ¡El, enemigo encarnizado del arte de teatro, ha caído en las redes del arte de folletinesco!

A esto podrá argüirse diciendo: pues qué, ¿el novelista no tiene facultades para combinar los hechos de modo que el efecto dramático resulte? No es en cierto modo la novela, como dijo Schlegel, la epopeya bastardeada? ¿No es la obra de un poeta? ¿Y para los poetas no se inventó lo de *quidlibet andendi*? A estas preguntas ha contestado el mismo Zola en su *Carta á la juventud*: «Todo lo que no se funde en los hechos, lo que no está demostrado por la experiencia, carece de valor práctico. La poesía es música; que los poetas canten mientras que nosotros trabajamos.» ¿Y están fundados en la experiencia todos esos equilibrios de los personajes? ¿Y son documentos todos esos maniqueos simbólicos que maneja á su capricho el autor de *La Débâcle* agrupándolos en actitudes estudiadas y componiendo escenas semejantes á las formadas con las figuras de cera en las barracas de feria?

Por otra parte, la casualidad debe proscribirse de toda acción artística: en ésta no cabe lo que puede suceder, sino lo que debe suceder. La necesidad es la ley fundamental de todo argumento. Echando mano de la vara mágica del acaso, no hay dificultades para el artista más mediano. Estorba un personaje, se le mata; esa clase de homicidios no los castiga el Código. Hace falta deshacer el nudo de un conflicto, pues se le corta, no se le desata; es menester para demostrar una tesis preconcebida que tales ó cuales

personajes se reúnan en tal ó cual lugar, pues se les lleva allí aunque sea por los cabellos. Este procedimiento podrá ser el más cómodo y fácil, pero no es el más artístico. Siguiendo estas prácticas, Zola pone fin á su novela con el bayonetazo de Juan. ¿Es resultado fatal y necesario de la acción ese sangriento desenlace? No; es un medio caprichoso elegido para que la novela acabe. Es el punto final, pero no la conclusión natural de las premisas sentadas. Mauricio podría ó no haber muerto (para la integridad de la acción no es necesario ni que viva ni que muera); hubiera podido darle muerte cualquier soldado versallés en vez de Juan, su amigo íntimo; pero si todo esto no hubiese sucedido tal y como en el libro se encuentra, ¿hubiese encontrado ocasión Zola para deducir la moraleja final?

Todos los personajes son simbólicos, y alegóricos la mayor parte de los cuadros. Juan, como la Sra. Pardo Bazán dice, representa el equilibrio de las honradas masas rurales, así como Mauricio en la insania moral del Imperio. Rochas es una vieja leyenda que muere, el coronel Vineuil es el espectro del honor francés, Fouchard la avaricia del campesino, Goliath el espionaje alemán... Todos estos personajes reunidos aspiran á ser el símbolo de la Francia del segundo imperio, algo así como las alegorías que decoran los techos de los salones oficiales.

No es la primera vez que Zola, á causa del simbolismo, incurre en flagrante contradicción con sus doctrinas. Véase cómo se burla de ese procedimiento literario en su ya citada *Carta á la juventud francesa*: «Los símbolos—dice—se prestan fácilmente á todo; se les pone donde se quiere y se les da la significación que se desea.» Estas palabras son perfectamente aplicables á *La Débâcle*; en rigor no es más falso Ruy Blas que Juan ó que Mauricio.

Y lo que acontece con los personajes, sucede con los diversos cuadros ó escenas de la obra. Hasta las mismas frases que el autor pone en boca de aquéllos aspiran á ser trascendentales y de alta significación alegórica, como las que Mauricio, moribundo, dirige á Juan. Y, sin embargo, nadie se ha burlado con más saña que Zola de esta especie de resortes. En el estudio de Sardou escribe estas palabras: «¿Quieren ustedes resolver la cuestión de la responsabilidad humana? La cosa es sencilla: allí, en un patio, colocan ustedes el mal, y aquí, en un jardín, colocan ustedes el bien. Luego entran por el foro la Justicia y la Academia; gran escena para la bajada del telón: la Academia recompensa al bien, en tanto que la Justicia castiga al mal.» Hagamos aplicación de este juicio al desenlace de *La Débâcle*: coloquemos á un lado á las *honradas masas rurales*, fusil en mano; al otro, el desequilibrado moribundo; hagamos intervenir á la fatalidad, y las honradas masas, después de haber sacrificado, con harto dolor de su corazón, á la *insania* de Francia, partirán á reconstruir la casa (léase patria) destruida por el ejército invasor. Sardou puede estar satisfecho. Zola en *La Débâcle* se ha pasado á su campo.

Pero aun aceptado como bueno el procedimiento empleado por Zola, ¿tienen sus símbolos el mérito de la fidelidad y de la exactitud? ¿Podemos creer que el pueblo francés del año 70 está representado con verdad por el conjunto de artificiosas figuras que el autor ha agrupado en su novela? ¿Eran las tropas imperiales el conjunto desorganizado de los *Pache*, *Lapoulle* y *Choteau*, sórdidos y cobardes, siempre pensando en comer, faltos de disciplina y totalmente desmoralizados? ¿La oficialidad francesa fué capaz de abandonar su puesto en vísperas de la batalla para ir en busca de aventuras amorosas? ¿Es posible creer que había generales tan ignorantes que no supiesen que el Mosa corre cerca de los muros de Sedán, y que no tuvieran idea de la proximidad de la frontera belga? (1). Todo esto, no sólo no es verdad, sino, lo que es peor, ni siquiera es verosímil. Si aquel ejército se hubiese encontrado tan falto de disciplina como supone Zola; si hubiera estado tan desmoralizado como el autor afirma, no hubiera podido resistir durante doce horas el empuje de las fuerzas enemigas, muy superiores en número, ni hubieran mostrado el valor que los mismos oficiales alemanes les reconocen y que dió lugar á aquella lucha que Moltke llamó desesperada. No; no es justo simbolizar el ejército imperial en las grotescas figuras creadas por Zola. Diez y siete mil cadáveres tendidos á lo largo del Mosa, tenían derecho á un poco de respeto. Fueron sí los franceses los vencidos, los desgraciados; pero sobre esos héroes anónimos se proyecta la sombra augusta de las derrotas heroicas. Los espartanos hicieron que el poeta Simonides ensalzase en una inscripción la muerte de los trescientos defensores de las Termópilas; en cambio un poeta naturalista ha escrito sobre la tumba de sus diez y siete mil compatriotas la leyenda sombría é injuriosa de *La Débâcle*.

Y, sin embargo, Zola es el campeón de la verdad en el arte. El documento, la experimentación, la novela confundiendo con la ciencia, el espíritu de Claudio Bernard diluido en páginas

(1) En un trabajo publicado recientemente por la prensa francesa y firmado por un Oficial del ejército bávaro, se desmienten categóricamente todas estas afirmaciones de Zola.

literarias... estos son los cánones del escritor francés, cánones que ha falseado muchas veces y que ha olvidado por completo en su última novela. No es ser veraz presentar un solo aspecto de las cosas: la verdad mutilada es la falsedad. Zola en todas sus obras ha acertado á expresar lo malo y lo repugnante que existen en la vida; ha estudiado y descrito la patología social, no su fisiología, ya que para él la psicología es letra muerta. Si su propósito hubiera sido solamente trazar los males, pero reconociendo la existencia del bien, poco habría que argüirle; los estudios teratológicos no están excluidos ni del arte ni de la ciencia. Pero Zola no se ha contenido en estos límites, y todo su empeño estriba en presentar ante sus lectores un enfermo lleno de lacras y herido hasta la medula, podrido hasta los huesos, y proclamar en alta voz que aquel miserable Lázaro, aquel Job agusanado es la imagen fiel y exacta del hombre.

No es el gran error de Zola, como suele creer el vulgo, la pintura y hasta el regodeo en lo repugnante, feo y soez. Muchos autores de todos los tiempos han presentado en sus obras lo obscuro y lo sucio. En la *Celestina*, en la *Divina Comedia*, en nuestras novelas picarescas, en los *romances* de Quevedo, en muchas de nuestras comedias, en el *Quijote* de Avellaneda y aun en el de Cervantes, hay páginas tan poco decorosas como las más censuradas de Zola. Pero en ninguna de esas obras se aspira á que lo soez y lo bajo sean representación de la humanidad ó de la sociedad; tiénese lo malo y lo asqueroso como accidentes, mientras que en los libros de Zola lo repugnante es lo verdadero, lo lógico y lo fatal.

En *La Débâcle* nadie habrá creído ver el ejército francés personificado en Honorato, muriendo sobre su cañón como sobre un lecho de honor, ni en el bravo teniente de infantería de marina que expira defendiendo la casa de Weis en Bazailles. Esas son las excepciones casi perdidas en el fondo desolado del pavoroso cuadro. La verdad de Sedán, según el autor, es el ejército arrojando las mochilas y fusiles, la deserción vergonzosa en vísperas de la batalla, las sucias consecuencias del miedo al oír los primeros disparos, la ignorancia de unos, la cobardía de otros, la falta de entusiasmo y de patriotismo en todos.

Ni un rayo solo de la gloria francesa ilumina aquella sombría batalla. El ejército no se bate por su patria, lucha con desesperación, pero sin entusiasmo. Los que mueren piensan en sus amores, en lo triste que es perder la vida en la juventud, en lo horrible que es combatir mientras otros descansan tranquilamente; pero ni uno solo, al blandir su fusil contra el invasor, tiene una sola palabra para todo eso que simboliza y encierra la voz patria: nombre santo en el que se cifran recuerdos de inocencia, cantos, plegarias, memorias tristes de pérdidas venturas, la cuna de nuestros hijos, el hogar de nuestros amores y la tumba de nuestros padres. ¿Es todo esto retórica? Pues esta retórica salvó á España de la esclavitud extranjera y abonó nuestros campos con los huesos de 300.000 franceses; esa retórica libró á Rusia del poder de Napoleón, y esa es la única salvaguardia de la integridad de los pueblos.

Lo mismo que los soldados, los paisanos de *La Débâcle* sólo piensan en su comodidad material y en su hacienda ó en sus bienes. Delaherche se felicita por la capitulación, porque así no le destruyen los proyectiles prusianos su fábrica; Weis se decide á dejarse matar indignado porque una bala de cañón destroza parte del tejado de su finca de Bazailles; allí unos campesinos lloran desconsolados porque una granada les ha destrozado su vivienda y hasta el reloj de pared; una mujer se lamenta de que le han echado á perder un mantel para hacer veces de bandera de parlamento. ¿Es ésta la verdadera Francia? No. Zola ha falseado la historia: ha calumniado á su patria suponiéndola mucho más envilecida de lo que realmente estaba. El pueblo que después de Sedán y Metz, asolado por la guerra extranjera y despedazado por luchas intestinas, despojado por exorbitante impuesto, tuvo virilidad suficiente para salir del abismo en que le había precipitado su desgracia, y que á los pocos años de tamaña catástrofe se presenta ante los ojos asombrados de Europa fuerte, vigoroso y quizás dispuesto á reivindicar su antigua gloria, y aun á recobrar su tierra perdida, ese pueblo, digo, no es un conjunto de 36 millones de Rougon-Macquard.

No es más justo Zola con el ejército alemán que con el francés. En todo el libro existe el propósito de presentar á los alemanes como menos valerosos que los franceses y vencedores tan sólo á causa de su supremacía en la estrategia. Injusticia notoria. No sólo fueron los cañones y su plan de campaña los que dieron la victoria á Moltke; fueron también las virtudes de la raza alemana. Sobre este punto es testigo de mayor excepción el académico De Vogüé, quien asistió como oficial á la jornada de Sedán y precisamente en el mismo regimiento 106 que tan importante papel desempeña en la novela.

«Era un cuadro—escribe el citado escritor—capaz de tentar la pluma de Zola, la contemplación de aquellas innumerables líneas de hogueras que brillaban á lo lejos como estrellas á lo largo de todo el valle del Mosa y aquellos cantos gra-

ves y piadosos que centenares de miles de voces lanzaban durante la noche. Nada de orgía, nada de desorden ni de desfallecimiento; los soldados sobre las armas cantando himnos al Dios de las victorias y á la patria ausente. Se les hubiese podido tomar por un ejército de sacerdotes que volvían de ofrecer sacrificios á sus dioses. Ese solo cuadro, pintado como Zola sabía pintar en sus buenos tiempos, nos hubiese revelado aquellas virtudes que faltaban en nuestro campo y que había sujetado la fortuna en el de nuestros enemigos.»

Aparte de su valor artístico hay que estudiar otro aspecto en la última novela de Zola: el que se refiere á su transcendencia. En toda obra artística, aun en las que más se practica la fórmula famosa de Coussin «el arte por el arte», merece siempre particular atención la influencia que el artista ha ejercido ó puede ejercer sobre la sociedad y las costumbres. Pero este aspecto, que en ningún caso debe perderse de vista, es mucho más de tener en cuenta en las novelas de Zola, en las cuales el autor se considera «como el obrero que revisa el edificio social, indicando los materiales podridos que hay en él y que pueden de un momento á otro producir la ruina, para que luego el legislador procure el desenvolvimiento del bien y luche con el mal para destruirlo y extirparlo». En las obras hechas con este propósito, tiene tanta importancia como su valor estético su significación sociológica y moral. Zola ha elegido como campo de operaciones para la serie de sus obras, verdadero ciclo novelesco, el segundo imperio francés. Ha tendido sobre la mesa de operaciones el cuerpo lacerado de Francia, y ha ido mostrando con un valor á toda prueba las llagas obscenas, las úlceras del lastimoso enfermo. En balde ha sido que los estómagos delicados hayan sentido náuseas en presencia de aquella clínica carnicería: el novelista, semejante al Baroche de *La Débâcle*, con los brazos remangados y armado ya de sierra, ya de cuchillo, sin darse un punto de vagar, ha sondado heridas dolorosas, ha arrancado piltrafas de carnes palpitantes y amontonado miembros podridos y troncos despedazados.

Después de leída la serie de los Rougon Macquard, la Francia del Imperio causa horror; allí la clase obrera es el obrero borracho de *L'Assommoir* muriendo con las trágicas y grotescas convulsiones del *delirium tremens*; las hijas de los menestrales, larvas de *Nanás*; la alta banca y la burocracia, ralea desprezable (*la curée*); la población minera, manada de esclavos embrutecidos; los campesinos, hatajo de miserables, más inclinados hacia la tierra que las mismas bestias de carga; la clase media, la asquerosa canalla de *Pot bouille*. Aquella raza, peor que la de Cain á juzgar por la pintura de Zola, merece un nuevo diluvio que destruya en la tierra gálica toda simiente de vida; un nuevo azote de Dios que cayendo sobre aquel pueblo envilecido arranque de raíz la mala hierba. Ese diluvio, esa catástrofe fatal, es Sedán. El emperador seguido de su pueblo obedece á una voz colosal que le empuja hacia el abismo, gritándole implacable: «Anda, anda, sin mirar hácia atrás, bajo la lluvia, en el lodo, camino del exterminio.» ¡Y llega el desastre, y con él ejércitos enteros, amontonados como carneros en coto cerrado, capitulaciones vergonzosas, criminales desalientos, luchas fratricidas, escándalos y vergüenza enfrente y á la vista del invasor!

Zola, al presentar ante sus compatriotas todo ese cuadro, más horrible quizás que la realidad misma, ha tenido—justo es reconocerlo—un propósito noble y honrado. Ha querido señalar el mal para que pueda atenderse á su curación; ha pretendido ser el médico implacable que aplica el hierro candente á la carne gangrenada; pero ha echado en olvido que la misión del novelista no es la del sabio. Pretender que se curen los grandes males de la sociedad con cuentos más ó menos divertidos, es propósito de todo punto estéril. El lector de la novela busca distracción y no enseñanza; carece en su mayor parte de la educación técnica que es menester para apreciar el elemento puramente científico, y en cambio tiene ojos de lince para descubrir todo aquello que despierta ó entretiene curiosidades peligrosas. «Mis novelas, dice Zola, son científicos documentos, observación, análisis.» Y á los jóvenes les refiere el cuento de Nana, á los criminales les hace ver con la leyenda de *La bestia humana* cómo son irresponsables de sus crímenes; á los trabajadores les pone delante de los ojos las obscenidades y horrores de la *Terre*, de *Germinal* y de *L'Assommoir*, y, finalmente, á toda Francia les canta—esta es la palabra—el lúgubre himno de Sedán.

¿Habrá quien crea de buena fe que el lector después de leídas estas obras está más cerca de la enmienda que antes de leerlas? ¿Se fortalecerá la castidad de las esposas ó en general de las mujeres honradas con las obscenidades de Satín y de la prostituta parisiense que da nombre á la novela? ¿Habrá servido de consuelo en las tribulaciones de la vida ni una sola página de los demás libros del novelista francés? Podrán los críticos y los literatos extasiarse ante algunos pasajes de esas obras; pero la novela, ¿aspira por ventura tan sólo á servir á un centenar de *gourmets*

del arte? ¿No es manjar que se destina á todas las mesas?

Zola pretendiendo enseñar no enseña, aspirando á curar agrava la enfermedad, queriendo moralizar desmoraliza. Y es que lo verdadero en arte, empleado sin limitaciones, es tan peligroso como el más sutil de los venenos. Verdaderas son las repugnancias del lupanar y las miserias de San Juan de Dios; verdaderos son los extravíos eróticos de las Safos y Pasifaeas; pero todo ese lodo que existe y que corrompe gran parte del cuerpo social no debe exhibirse sobre el pedestal magnífico de un estilo brillante. La miseria moral como la material inficiona el ambiente. Ocultemos la cloaca en vez de destaparla, y no busquemos la triste satisfacción de haber arrancado de los almas buenas la aureola de candor y de la inocencia, ignorancias santas ante las cuales la misma ciencia se detiene respetuosa.

Además el vicio es de suyo cosa tan atractiva para la flaca naturaleza humana, que aun seguido de todo su cortejo de horrores, arrastra al hombre con más fuerza que el imán atrae al hierro. Descubrir el vicio aun para mostrarle en toda su horrible desnudez, es estimular la tentación.

Y si las obras de Zola sólo enseñan lo peligroso, tienen además la cualidad—no sé hasta qué punto digna de aplauso—de arrancar de los corazones todas las esperanzas. El autor de *La Débâcle* se empeña en demostrarnos que la vida es una serie de miserias, que todos los hombres somos locos ó enfermos, que la lógica del vivir no es más que la fatalidad del mal. Leed todas sus novelas, mirad las consecuencias que de ellas se derivan, y decid si en esos libros sombríos hay un solo rayo de luz que temple un poco las lobreguezes en ellas amontonadas. No hay esperanza, el poeta lo sabe de buena tinta, y con la sana intención de quitar á los ilusos que aún sienten amor á la vida y que se consideran acaso felices con sus menguadas ilusiones, les cuenta las negras historias que él ha recogido en la realidad y que son el Evangelio en triunfo.

Por fortuna, el género preconizado por Zola morirá con él: sólo lo sostiene el genio del apóstol del naturalismo; cuando su voz se extinga, sus obras, aquellas llamadas á sobrevivirle, servirán—como en otro aspecto ciertos poemas de Góngora—para demostrar á las generaciones cuánta fué la fuerza creadora de su autor y cuáles fueron las tendencias y gustos momentáneos de esta sociedad revolucionaria en cuyo seno vivimos. Serán algo así como las Pirámides de Egipto, grandes pero inútiles monumentos únicos, ante los cuales se detiene el viajero sorprendido, pero que nadie tiene ni ha tenido el capricho de imitar.

En tanto la belleza ideal continuará sembrando de flores el camino de la vida, haciéndonos levantar la vista para contemplar y seguir esas grandes quimeras que se llaman honor, virtud, heroísmo, grandes quimeras, sí, en sentir de Zola, pero quimeras que nos sostienen en medio de las tristezas de la vida, mentiras piadosas si se quiere, pero que nos hacen sonreír con expresión de inflexible esperanza en el borde mismo del sepulcro.

Algo lejos de mi objeto me ha llevado esta digresión.

Volviendo á *La Débâcle*, he de decir que, en mi concepto, ha aparecido en la época menos oportuna para Francia. A raíz de la guerra, cuando era menester levantar el espíritu abatido de las muchedumbres, echándoles en cara su oprobio y su vencimiento, quizás hubiera podido el libro de Zola hacer en el cuerpo enfermo de la nación efecto semejante al que causa el botón de fuego aplicado al omoplato del tísico. Pero cuando Francia, tras penosa lucha y después de grandes sacrificios, ha logrado curar sus antiguas heridas; cuando en todos los pechos franceses alienta el ideal santo—y tal vez el único allí—de dar á la patria la integridad perdida, pintarle con negros colores los horrores de los combates, evocar las matanzas espantosas, los pueblos incendiados, los hijos muriendo entre las ruinas de los hogares aplastados, los esposos arrancados de los brazos de sus mujeres para ser fusilados sin compasión; presentar á Francia todo esto sin mostrarle algo que sirva de premio y de compensación á tantos dolores, equivale á pretender ahogar los sentimientos generosos de patria y á derribar de los altares nacionales la estatua de la gloria. No con plañideras elegías se despierta en los hombres el entusiasmo patrio. Napoleón, al comenzar un combate famoso, señalaba á sus soldados «el sol de Austerlitz».

¿Contribuirá Zola á la victoria con que sueña su patria mostrándole el sol moribundo de Sedán?

FRANCISCO F. VILLEGAS.

TRISTEZA

Los párpados blanquísimos
cerraban tus pupilas,
azules como el cielo,
como la mar tranquila.
Tu rostro ya cubierto
de la blancura lívida,

y sobre el pecho puestas
aquellas manos rígidas,
con cirios á los lados
y gente que gemía,
¡allí te destacabas
como visión granítica!

Soñé lo que te he dicho.
La noche agitada
creyendo que era cierta
la triste pesadilla,
y al fin mi loca angustia
tornóse en paz divina.
Pero ¡ay! hasta los sueños
atentan á mi vida,
¡y sueño, como su ángel,
que alguno me la quite!
¡Por Dios, que no se muera,
que agite sus pupilas,
que lllore cuando sienta,
que cante cuando ría,
que viva, aunque me odie,
que aunque me mate, viva!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

EL CAPITÁN MONISTROL



ABÍA perdido una apuesta con el capitán Monistrol, y era llegado el día de pagarla. Consistía en un almuerzo de nueve cubiertos, el número de las Musas. Pero aquí las Musas estaban representadas por abogados, estudiantes, gente de mundo, amigos comunes que habían sido testigos de la apuesta.

A la hora convenida fui á buscar á Eduardo, uno de mis convidados, que habitaba en la misma casa y piso que el capitán Monistrol. Era éste un hombre de cuarenta y cinco años próximamente, retirado del servicio y defensor acérrimo del celibato. Se había portado como un héroe en la última campaña de Africa. Añadiré que, bajo su aspecto lúgubre, se notaban en él un carácter alegre y bromista, que procuraba disimular más ó menos, según las personas y las circunstancias.

—¿Estás dispuesto? dije á Eduardo entrando en su habitación.

—Déjame terminar este cigarro, y soy ali nstante contigo, me respondió.

—Mira que nuestra cita en el café de Helder es para el mediodía, y son ya las once y tres cuartos.

—Vas adelantado; apenas es la media, dijo levantando la vista hacia el reloj.

—No importa; toma el sombrero y vamos á recoger al capitán Monistrol.

Eduardo no se movió de su asiento.

—¡Oh! exclamó; el capitán no podrá ir antes de veinte minutos al café... Se está preparando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estará en este momento *matando el gusanillo*.

Yo miraba á Eduardo con tales muestras de inquietud, que no pudo menos de prorrumpir en carcajadas.

—Es natural,—me dijo,—tú no conoces al capitán Monistrol; te voy á poner en antecedentes. El capitán Monistrol, que es, como sabes, el hombre mejor del mundo, ha contraído en Africa una costumbre deplorable: beber ajeno. Se avergüenza y se oculta todos los días para beber cinco ó seis vasos de este líquido infernal.

—Cinco ó seis vasos!

—Eso lo menos. El llama á esto, en el pintoresco lenguaje del campo, *matar el gusanillo*. Hoy, que le espera un buen almuerzo, estoy seguro que matará algunos más. Pero si quieres, nos podemos cerciorar.

—¿Cómo? ¿de qué medio?...

—Sígueme sin meter ruido.

Eduardo se levantó de la butaca y pasó á un corredor circular que terminaba en una puerta vidriera.

Yo le seguía en silencio. Allí, por la abertura de una cortina, me hizo ver al capitán Monistrol sentado delante de una mesa, en que había una enorme botella y un gran vaso. Por primera vez notaba el color rojo de sus pómulos, que contrastaba con la palidez mate del resto de la cara. Hablaba alto, y sus palabras llegaban á mí distintamente.

—Si quieres asistir á una comedia que ya me sé de memoria, me dijo Eduardo al oído, quédate aquí; yo voy á vestirme y vuelvo al momento.

Héme, pues, solo, examinando clandestinamente al capitán Monistrol, que bebe su ajeno á grandes sorbos, como lo recomiendan los maestros, y parecía estar completamente satisfecho. Dejó el vaso sobre la mesa, y pasados algunos minutos, lo llevó á los labios y bebió pausadamente, descansando como los actores. Terminada esta operación, el capitán se frotó las manos y después de muchos ¡hum, hum! de satisfacción, empezó el siguiente monólogo:

—Esto va bien... dos vasos, me parece que soy

razonable... la causa es ese almuerzo, que sin duda alguna será opíparo... pero al mismo tiempo... esto es higiénico... muy higiénico... dos vasos... es bastante; si tomase más sería un abuso... lo guardaré... sí, lo guardaré...; no hay ningún motivo para reincidir... ninguno... ninguno.

Al decir esto, el capitán Monistrol miraba á su alrededor, parecía estar avergonzado; tomaba la botella de ajeno, repitiendo maquinalmente: «Ninguno... ninguno...» Quédose pensativo, suspirando. Yo no comprendía nada absolutamente. De repente, le vi dirigirse sonriendo hacia la puerta y dar dos golpes con los nudillos: «¡Entrad!—El capitán Monistrol, ¿vive aquí? preguntó él mismo disimulando la voz.—Servidor de usted, contestó con su tono natural y haciendo un ademán de recibir una visita. ¿En qué puedo servirlo?—Caballero, no tengo el honor de ser conocido de usted, pero llego de su país y le traigo recuerdos.—¿De mi familia? ¡Ah caballero! tened la bondad de tomar asiento.»

El capitán Monistrol ejecuta á conciencia *la mise en scène* de esta entrevista ficticia; aproxima dos sillas, y sentándose en una de ellas, continúa la conversación.

—«Espero, dice á su invisible interlocutor, que tendréis la amabilidad de tomar algo.—Dispensadme, caballero, pero no tomo nada entre horas.—Si fuese alimento, lo comprendo, pero... un vaso de ajeno, eso no quita el apetito, y... justamente lo tengo excelente.—¿Qué decis?—Que al fin acepto, sois tan amable, que no puedo desairaros.»

El capitán triunfa: llena dos vasos de ajeno hasta los bordes y se los lleva á los labios con delicia; ya está contento, expansivo.—«¿Y deciais que mi familia se encuentra sin novedad? se pregunta.—Perfectamente.—¿Y mi tía de Hazebrouck?—Sólo habla de usted.—¡A vuestra salud!—¡A la de usted, capitán! Y dicho esto apura Monistrol otra copa. «¿No queréis más? le dice á su visitante imaginario.—No, ahora de ninguna manera.—¡Animo!—No, capitán; me es imposible, tengo que hacer unas visitas y me despido de usted.—¿Pero no podéis retardarlas?—De ninguna manera.—¡Es una desgracia!—Sobre todo para mí, capitán.—Al menos permitidme os acompañe.—No puedo permitir...—¡Adiós, pues, caballero!—Servidor, capitán; he tenido un placer inmenso en conoceros.»

Dichas estas palabras, Monistrol simula un ruido de pasos y hace varios saludos; después se acerca á la mesa murmurando: ¡Es muy amable, muy amable!

Confieso que mi curiosidad estaba muy excitada por esta comedia, como la había llamado Eduardo. Me interesaba el capitán Monistrol; le encontraba sosteniendo una lucha con su pasión funesta; admiraba su poderosa imaginación, su inventiva. Este hombre tenía el genio del vicio.

Aunque logré convencerme de que había terminado esta escena, continuaba en mi puesto. El capitán había tapado cuidadosamente la botella de ajeno, y colocó los vasos en la bandeja para guardarlos. Todo había acabado, y ya me disponía á marchar, cuando vi que de repente se detuvo. Dejó la bandeja sobre la mesa; estaba otra vez indeciso, turbado: dió dos ó tres vueltas por la habitación, gesticulando con furor.

Comprendía que en su espíritu se libraba un combate, pues le oía decir con voz entrecortada: «¡No, no!... es bastante.»

Pareció armarse de valor, tomó otra vez la botella, y se dispuso á guardarla; pero no, se detiene, escucha; ha creído oír llamar á la puerta, y empieza otra vez su diálogo:—«Soy yo todavía, capitán.—¿Como usted!—Me alegro de veros volvern á ver.—He olvidado el bastón...—¿Sí? busquémosle inmediatamente.—Creo haberlo dejado en la chimenea.—¡En la chimenea! Veamos.» Y Monistrol empieza á buscar por el cuarto hasta que ve su propio bastón.—«¡Ah! exclama; ya pareció.—En efecto, capitán; ya sólo me resta volveros á dar las gracias por vuestra amabilidad.—Un momento; puesto que hemos encontrado el bastón, es necesario tomar un vaso de ajeno, el último.—Os lo agradezco, capitán; pero... me esperan, y...—Acabamos en seguida; es cuestión de un instante.—Con franqueza, es que... el ajeno me trastorna.—¡Bah, bah! un hombre como usted; me hacéis reír: además, no os doy el bastón.—Puesto que lo exigís...—Ciertamente lo exijo.»

Y dos nuevos vasos de ajeno son servidos y saboreados. Pero esta vez la despedida no se prolonga. El capitán Monistrol siente remordimientos; pone al visitante en la puerta, apenas le saluda y oigo que murmura: «¡Venir á molestar, importuno! Guarda la botella y hace desaparecer los vasos, como si le quemasen los dedos al cogerlos: respira, echa una mirada al espejo, se arregla la corbata, toma el sombrero y sale.

Eduardo y yo le encontramos en la escalera.

—¡Ah, ah! exclama tendiéndonos las manos. Exactos como un reloj. ¡Bravo! ¡Tengo un apetito de cesante!

En el café de Helder nos encontramos á nuestros seis amigos. Uno de ellos se dirige directamente al capitán Monistrol, y le dice:

—¡Capitán, una copa de ajeno!

—Gracias; he renunciado decididamente, contesta Monistrol.

—Antes de almorzar esto no puede hacer daño.

—Bueno, dice el capitán; un vaso de ajeno, vaya...; pero con anisete... mucho anisete...

CARLOS MONSELET.

BELLEZAS VIEJAS

I

LA ESTATUA DE VENUS

Fijos los ojos, el artista heleno,
en un cielo, de azul siempre sereno;
fija la vista, de fulgores ciega,
en los contornos de la virgen griega;
vació los moldes de tu forma hermosa,
¡oh madre Venus! ¡Inmortal esposa!
El moderno cincel, al contemplarte,
que fueres duda, maldiciendo el arte,
si diosa humana, si mujer divina,
si mármol vivo ó carne alabastrina.
En tus puros perfiles desgastada,
de brazos y de piernas mutilada,
aun sigues vinculando la belleza.
Conservas lo mejor: seno y cabeza.

II

CLOE

Te busco en vano ¡oh Cloe! por ríos y praderas,
bañándote en las ondas, vistiéndote de flores;
sonando con la flauta canciones placenteras
de dichas y de amores.

Te busco en vano ¡oh Cloe! por selvas y montañas,
en medio de las reses, al lado de tu amante,
mientras que invaden ansias, tan dulces como extu
pécho palpitante. [trañas,

Te busco en vano ¡oh Cloe! por valles y collados,
tornando en danza alegre tu cándida existencia;
creciendo al sol, sencilla cual lirios olvidados,
la flor de tu inocencia.

Tu hechizo huyó. Los campos sin ti se miran
sin náyades las fuentes, sin sílfides la bruma.
No hay driadas que pueblen los bosques, hoy de
ni ondinas en la espuma. [siertos,

El barbudo cabrió de retorcidas astas
en sacrificio á Baco no ya te recomienda,
ni de tus palomares las avecillas gastas
de Venus en ofrenda.

Austera voz un día surgió desde el Oriente,
y á tus divinos sueños dió el nombre de mentira.
Los hombres le escucharon, y há tiempo en Occi
se gime y se suspira. [dente

Al mundo y sus placeres pregonera cruda guerra;
las glorias y venturas aplaza para el cielo,
y pone un triste valle, sobre la hermosa tierra,
de afán y desconsuelo.

Amor que en tus altares no fuere bendecido,
en negro marco encierra de réprobo pecado.
¡Amor que cuando brota de un pecho enardecido,
de rosas está orlado!

Mas fué la voz aquella de un Dios que redimía
la vida de las almas, muriendo él en tributo.
Lloramos largos siglos, y cual por muerte impía,
se guarda eterno luto.

Te busco en vano ¡oh Cloe! Te busco cuando dabas
bebida á tus rebaños, de arroyo cristalino,
y cuando sonriente, de Dafnis apagabas
la sed con leche y vino.

Te busco cuando abrigo contra voraz rapiña
la tímida cigarra pidió á tu blanco seno,
y á tu sonora risa, de embelesada niña,
cantó en ritmo sereno.

¡Ay, vuelve! ¡Vuelve, oh Cloe! Te esperan aun los
de la natura hermosa, tras esa estéril guerra. [hijos
Sin ti nada es la vida. ¡No habrá ni regocijos
ni amor sobre la tierra!

III

LIMOSNA

En demanda de un mendrugo
de ideal, mendigo, corro,
y á nadie ningún socorro
poner en mi mano plugo.

Ante las puertas me escribo
llamando con ansia vana.
Pregunto por la fe humana,
y responde el egoísmo.

Tengo sed de altos ensueños,
hambre tengo de grandezas.
¿Sólo habrá huecas cabezas?
¿Sólo habrá pechos pequeños?

Se escucha aquí, en negra orgía,
de torpe lecho, el crujido;
allí, en la mesa el gruñido
de bestial glotonería.

Con fieros dientes de perros
muchos robándose el pan;
malvados que libres van
debiendo estar entre hierros.

¿Quién habrá que al fin disuelva
tanta abyección, tanta saña?
El hombre, en esta campaña,
¿quiere volver á la selva?

¿El brillo de la cultura
es sólo frágil barniz?
¿Podrida está la raíz
bajo una noble figura?

Con filosófica calma
un sabio buscaba un hombre.
Yo, la mitad, no os asombre:
yo tan sólo pido un alma.

IV

Á MI PERRO

El furor, que es inhumano,
por una falta inocente
me arrojó á poner demente,
pobre perro, en ti mi mano.

Mas la voz de tu lamento,
el fuego de tu mirada,
dejó la espina clavada
de un negro remordimiento.

Yo me llamo tu señor
y te impongo mi castigo,
á ti, mi mejor amigo,
todo humildad, todo amor.

De nuestra altivez en mengua
nos das ejemplos de estima:
la mano que te lastima
acaricias con tu lengua.

¿Por qué del hombre eres fiel
guardián y acompañante?
Lo que tú tienes de amante
él lo tiene de cruel.

Sobre ti ejerce derecho
porque te niega razón.
¿Te negará el corazón
que late ardiente en tu pecho?

Misérias son del destino
que hacen ver, por hondo arcano,
dueño al animal humano,
siervo al animal canino.

De soberana blasona
la bestia que anda en dos pies.
Mas ¡qué acciones, de través
rige la luz que razona!

No contra ti, perro amigo,
iré, si el enojo estalla;
el hombre en el hombre halla
su más cabal enemigo.

¿Desdeñarte? ¿aborrecerte?
En la tierra maldecida.
naces, como yo, á una vida;
marchas, como yo, á una muerte.

Y en la justicia de Dios,
presiento serán iguales
las esencias inmortales
de las almas de los dos.

JOSÉ DE SILES.

MELEAGRO

MICE un proverbio que «los árboles impiden ver el bosque». Muchas veces también el bosque impide ver al árbol, y el jardín apreciar la flor. Si Meleagro hubiese llegado aislado hasta nosotros, hubiéramosle colocado, si no entre los dioses, en el grupo de los semidiosos de la poesía griega. Perdiéndose en el vasto repertorio de la *Anthología*, se olvidó mucho tiempo á ese poeta exquisito y original y apenas se le distinguía entre la multitud

mediocre y oscura de los imitadores. El mismo reunió esa gavilla cuyo espesor le ha cubierto; puede decirse que con sus propias manos se ha sepultado entre rosas. Pensad lo que serían las poesías de Andrés Chénier diseminadas en el *Almanach des Muses*.

La *Anthología* podría llamarse, en efecto, el *Almanaque de las Musas* de la antigüedad. La Grecia tuvo su «Rococo» y su «Pompador». Su literatura fué transportada de Atenas á Alejandría, y allí se contaminó del mal gusto asiático. Los refinamientos de lenguaje y de pensamiento debilitaron la noble musa de Píndaro, las sutilezas la descoloraron y la galantería la hizo insulsa. Fué la época de los pequeños poetas, que hormigueaban en la corte de los Ptolomeos y de los Seleucidas, verdaderos músicos de serrallo, cuyos versos parecen á propósito para que los canten voces de eunucos. Estaban cegados todos los manantiales de inspiración; la patria descuartizada por la conquista; perdido el sentido de los grandes símbolos; cuentos equívocos reemplazaban á las tradiciones venerables; mitología de empalagosa dulzura corrompió la augusta teología de las primeras edades; los grandes dioses, que Homero cantó y que esculpió Fidias, se trocaron en insignificantes ídolos licenciosos, juguetes de los retóricos y de los novelistas, y una plaga, peor que la de la langosta, invadió la poesía griega, trasplantada bajo el cielo de Egipto; la plaga de los Amores. El *Eros* de Anacreonte tiene la espantosa fecundidad de la abeja, á la que el poeta lo compara, y engendra millares de bastardos, falsos, amanerados, alambicados y pedantescos, que transforman en jerga galante la lengua de Sófocles. Los cupidos de pacotilla hormigean en la *Anthología* entre divinas obras maestras. Se hallan en ella «El amor mojado», «El amor ahogado», «El amor pájaro», «El amor prisionero», «El amor labrador», «El amor cazador», «El amor estudiante», «El amor que se vende...», etc. Esto es, nidos consagrados á Venus, ramilletes á Cloe, ex votos á Citeres, corazones en rústica, madrigales melindrosos, viñetas libertinas. El río de miel corrompida rebosa por encima de las márgenes, y se anda hundiéndose hasta las rodillas entre las florecillas artificiales de la decadencia.

Se hicieron cuatro ediciones de la *Anthología*, y sólo la cuarta ha llegado hasta nosotros. La primera, que compiló Meleagro, ofrecía la flor de las poesías fugitivas de la antigüedad; la última, compilada por un escolástico del bajo imperio en el siglo x, no es más que un barullo y un residuo. Piezas falsas se introdujeron en un muestrario de antigüedades, en el que todo era raro y escogido.

Muchos camafeos puros, muchos finos entallados, firmados por Safo ó por Stesicoro, han desaparecido de los anaques, entregados al saqueo, y objetos baladíes los han sustituido. Queda sin embargo en la *Anthología*, como ha llegado hasta nosotros, lo suficiente para que sea un precioso relicario de la Musa antigua. Abunda en ella lo mediocre, pero lo selecto chispea, brilla el oro entre la liga y el oropel amontonados. Hay series en la *Anthología* que pudieran compararse á esos brazaletes en los que, entre una piastra turca y una moneda bizantina, resplandece la efigie sublime de una hermosa medalla siciliana.

Meleagro está completo en la *Anthología*; y sus ciento veintiocho epigramas constituyen el fondo de su tesoro. ¿Es griego puro Meleagro? Ciertamente que no. Nació en Palestina, pasó la juventud en Tiro y se retiró á la isla de Cos, para vegetar allí largamente, y en ella envejeció, como su abuelo Anacreonte. El mismo marca su origen extranjero en el epitafio anticipado que escribió para su tumba: «Mi nodriza fué la isla de Tiro; tuve por patria ática á Godara, la siria. Yo, Meleagro, hijo de Eúcrates, crecí con las Musas, y mi primera carrera la hice en compañía de las Gracias Menípeas. ¿Qué tiene de extraño que sea sirio, oh extranjero? Todos habitamos una patria, el mundo. Un solo caos ha engendrado á todos los mortales. He escrito esto cargado ya de años y á la vista de la tumba, porque el que se avvicina á la vejez no está lejos de Plutón. Pero si diriges tu saludo á mí, charlatán y viejo, te desearé que alcances también una vejez charlatana.» En otra parte Meleagro mezcla graciosamente sus tres patrias en el saludo fúnebre que implora su sombra: «Acércate sin temor, extranjero. Reposa en el Elíseo con las almas piadosas, desde que duermes el último sueño Meleagro, hijo de Eúcrates. Meleagro que celebró al amor y sus dulces lágrimas, á las Musas y á las juguetonas Gracias. Pasó su edad viril en la divina Tiro y sobre la tierra sagrada de Godara, y la isla de Cos ha abrigado y ha nutrido su vejez. Si eres sirio, *salam!* (Adiós.) Si eres fenicio, *Aydiou!* (Adiós.) Si eres griego, *Khairé!* (Adiós.) Y tú dime lo mismo.»

Puede decirse que Meleagro es un criollo de raza ateniense; sus versos tienen «sangre mezclada». El aticismo en él se adorna con las hipérbolos del Oriente; su sutileza llega hasta el refinamiento; su locuacidad calenturienta y sensual carece ya de la grandeza que caracteriza la inspiración de los primeros líricos. Podrían atribuirse á un poeta indio ó persa algunos de sus

epigramas, haciendo en ellos insensibles variaciones.

El título de *Epigramas* que llevan las poesías en la *Anthología* no tiene el sentido que le da la poética moderna. No constituye el tono satírico los epigramas griegos, como los nuestros. Tienen las alas y el talle diminuto de la abeja, pero no el aguijón. Son miniaturas de idilios, escorzos de odas, juegos de ingenio de un solo rasgo, elegías de un solo suspiro, grupos eróticos exiguos y finos como los pequeños bronces del Museo de Nápoles, epitafios tan delicados que parece que sea preciso apartar las flores de la tumba para descifrarlos, escenas agrestes ó marítimas que pudieran realizarse sobre el sello de un anillo.

Meleagro excede á todos en cincelar esas exiguas figuras poéticas. Aunque no firmara sus epigramas con su nombre, su manera suave y ardiente, espiritual y tierna, los distinguiría entre mil. Lo que los caracteriza es la languidez asiática, revelada por el aticismo más amable y más vivo. Diríase que es Alcibiades en la corte persa, vistiendo el traje de cola de los sátrapas, pero formando con él los pliegues de la clámide ateniense. Desde luego la multitud de sus queridas recuerda ya el serrallo. Primero Demo, luego Dorotea, después Fania, Timo, Timarión y Zenófila. A cada epigrama surge una nueva mujer y se entrelaza á las que la han precedido, y ninguna de esas hijas de la Fenicia y de la Siria tiene la simplicidad del gineceo griego. Los ardientes deseos que inspiran, los aromas extraños que exhalan, el lujo oriental de sus trajes y de sus peinados, todo descubre en ellas á las sacerdotisas de Astarté y á las devotas de Adonis. El poeta las aglomera, formando con ellas un trofeo voluptuoso; hay veces que no celebra á su querida, sino á su harem: «Ni los cabellos de Timo, ni la sandalia de Heliodora, ni el cuerpo siempre perfumado de Demo, ni la tierna sonrisa de Anticlea, la de los grandes ojos, ni las frescas coronas de Dorotea; nada ya, Amor, conservas en tu carcaj de todo lo que ayer te servía de flechas; porque ya en mi corazón se han juntado todos esos dardos.»—Se complace en el desorden de los amores; las imágenes de sus queridas danzan delante de él como al rededor de un hombre ebrio; toma algo de cada una de sus bellezas diversas para formar un múltiple ídolo. Sus formas se afinan como al son de la lira; cada una de ellas suministra su matiz al ramillete y su nota al concierto.—«Juro por las trenzas de Timo, por el cuerpo odorífero de Demo, cuyo perfume encanta á los sueños; por los sueltos movimientos de Ilias, por la lámpara que brilla para mis placeres y que consume mis fuerzas, que ya no queda en mis labios más que un ligero aliento que tú me has dejado, Amor; pero si tú lo deseas, dílo y lo exhalaré.»

A veces esos epigramas, cansados de voltear al rededor de esas mujeres esparcidas, reposan cariñosamente sobre una sola, y la voz conmovida del amor sucede á los gritos de la voluptuosidad. A Zenófila dedica la siguiente *copa*, en la que más tarde hubiera podido caer la lágrima del rey de Thulle.—«Mi copa ha sonreído de alegría, y dice que es dichosa por haber tocado la boca elocuente de Zenófila. ¿Por qué sus labios pegados á mis labios no beben mi alma de una sola vez?»

También exhala cerca de Zenófila adormecida este deseo de celoso apasionado:—«¡Duermes, tierna flor, y yo quisiera ahora ser sueño sin alas y penetrar en tus pupilas para que ni él, él que encanta hasta los ojos de Júpiter, llegue hasta ti, y sea yo solo el que te posea!»—Otras veces envía á un mosquito á que zumbe su mensaje alrededor del lecho de su querida:—«¡Oh mosquito! vuela por mí, ligero mensajero, llega al oído de Zenófila y murmura estas palabras: ¡Yo velo y te espero, y tú, olvidándote de los que te aman, duermes! Vuela, vuela, amigo del canto, pero háblala bajo, muy bajo, para no despertar al que duerme á su lado y no desencadenar contra mí la cólera de sus celos. Si tú me traes á esa mujer, ¡oh mosquito!, te vestiré con una piel de león y te armaré con una maza.»—«Ese mosquito, disfrazado de Hércules, no recuerda las delicadas caricaturas de los vasos griegos? En todo excede y domina la Grecia: así como siente la belleza suprema, así también jugando crea el ideal de la donosura y del chiste.

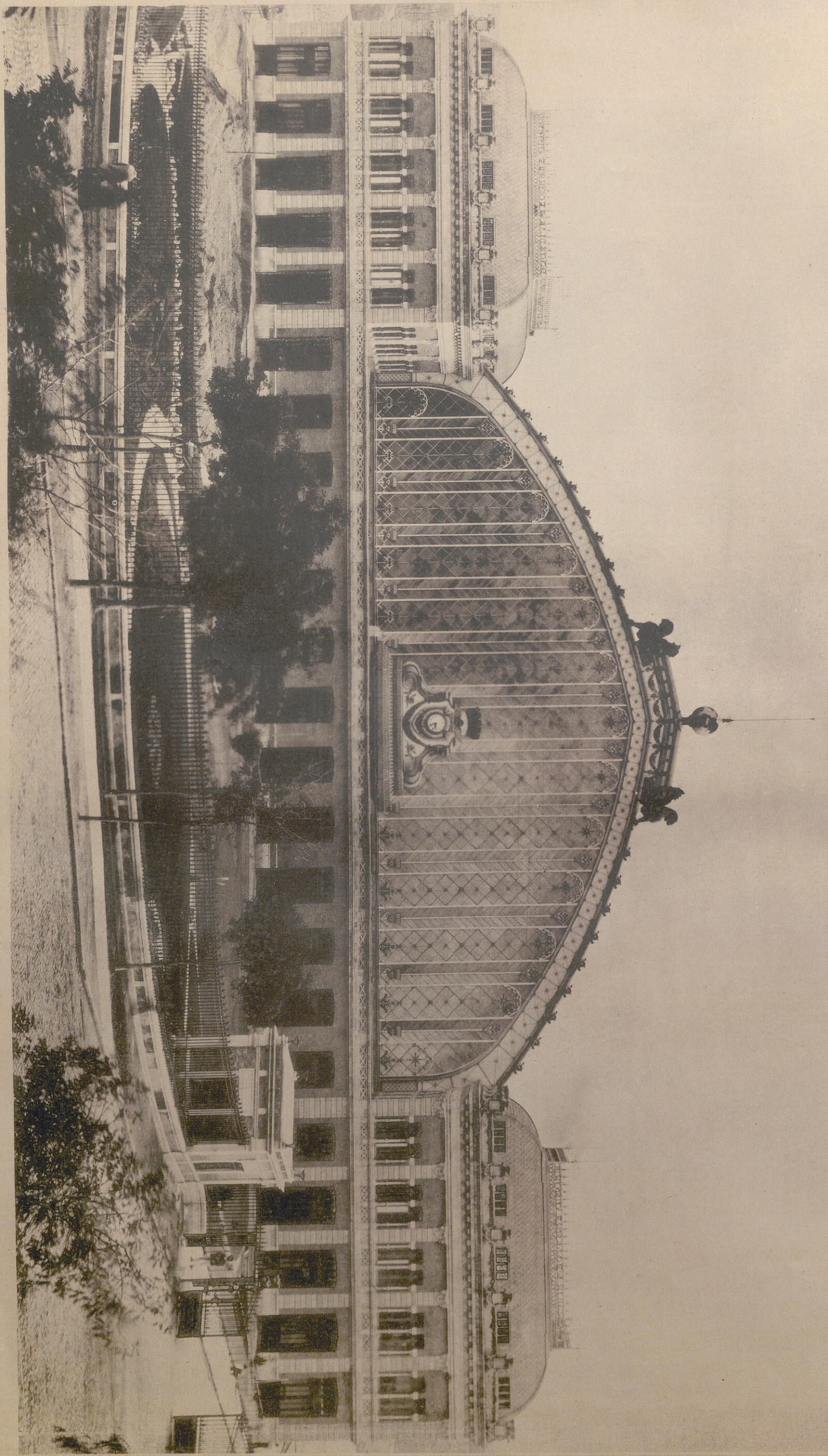
Timarión sólo pasa en los poemas de Meleandro, pero traza en ellos surcos de fuego. Sin duda fué uno de esos caprichos que tienen el ardor y la brevedad del relámpago.—«El mismo Eros, volando por los aires, ha caído en tus redes, y tus ojos, Timarión, han hecho de él su presa.»—«Tu beso, Timarión, tiene liga, tus ojos llama. Haces arder á quien tú miras, y encadenas á quien tú tocas.»—Fania no dura más que tres epigramas; su nombre griego, que significa *pequeña llama*, presagia la inconstancia del poeta amoroso; pero esa claridad de amor esclarea una radiante *marina* de archipiélago.—«Navíos bien fletados, que tan ligeros sois sobre sus aguas, que atravesáis el estrecho del Helesponto, recibiendo en el seno de las velas el hábito del Boreas, si en la isla de Cos apercibís en la ribera á la pequeña Fania, mirando hacia el mar azul, anunciada estas palabras: ¡Oh amables navíos! El amor le conduce no como nauta, sino



Francisco Sans lo pintó.

EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª



MADRID.—NUEVA ESTACION DE ATOCHA

FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.^{as}

como viajero pedestre. Y si la decís todo eso, bogaréis con más viveza y según vuestros deseos, porque Júpiter propicio soplará en vuestras velas.»

Llega por fin Heliodora, la verdadera querida de su corazón. Esta le imprime la marca ardiente por la que, como dice Anacreonte, se reconocen los amantes sinceros, como los partos se conocen por sus tiaras y sus caballos y por el estigmata impreso en los muslos. Debió ser hechicera; su encanto se trasluce en los versos del poeta. Elogia su seducción más que su belleza, su palabra tanto como sus labios. Se cree que era una de esas hetairas que Platón admitía entre sus discípulos y debía todas las mañanas murmurar la plegaria que los antiguos dirigían á Venus: «Concédeme que sea agradable todo lo que yo haga y que no diga nada que disguste.»—«En el fondo de mi corazón, exclama Meleagro, el amor hizo de Heliodora, que habla muy bien, el alma de mi alma.»—No sólo la desea, sino que la adora, la admira y se humilla delante de ella. Hasta su nombre le exalta y le embriaga y le mezcla como un filtro al vino que bebe y á los perfumes que respira: «Escancia y di siempre, siempre, ¡A Heliodora! Dilo y mezcla tu dulce nombre al vino puro, para que yo beba tu nombre idolatrado. En recuerdo de ella átame tu guirnalda de ayer, húmeda todavía de perfumes. Mira; esa enamorada rosa llora porque ella la ve en otra parte, porque no la ve ya en mis brazos.»—El poeta trenza magníficas guirnaldas para encuadrar á su adorada. Aparece la joven jónica en uno de los epigramas, como la Beatriz del Dante, semivelada por una lluvia de flores:—«Enlazaré el alhelí, enlazaré con los mirtos el tierno narciso, la flor de lis risueña, el azafrán suave, el jacinto de púrpura y las rosas predilectas del amor, con el objeto de que esa corona, sobre las sienes de Heliodora, admire los hermosos rizos de su cabellera.»—Si se marchita esa corona sobre la frente de su ídolo, todavía le parece más radiante su belleza:—«Las flores se agostan al rededor de la frente de Heliodora, pero así resplandece más todavía, porque ella es la flor de las flores.»

Heliodora muere en plena juventud, en la primavera de su vida, y el poeta la llora con efusión. No esperéis encontrar en él, esto no obstante, el exceso de los dolores modernos. La elegía griega permanece bella y no se descompone ni aun en la desesperación; el sollozo no altera la gracia de sus labios, y sus lágrimas fluyen sin marchitarla, como gotas de lluvia, sobre el rostro de una estatua triste.—«Estas lágrimas, con las que te lloro, deseo que lleguen allá abajo, á través de la tierra, como reliquias de mi amor, que te sigue hasta la morada de Plutón, ¡lágrimas crueles de derramar! Sobre tu tumba, mojada amargamente, vierto en libación el recuerdo de nuestra ternura, porque te quiero hasta después de muerta, y yo, Meleagro, me lamento lastimosamente, estéril homenaje para Acheronte. ¿Dónde está mi rosa querida? Plutón me la robó y el polvo ha manchado el brillo de la flor. Arrojado te suplico, ¡oh tierra!, ya que eres nodriza del género humano, que estreches contra tu seno, ¡oh madre!, que abrace dulce á esa muerta tan llorada.»

Los epitafios de Meleagro son arrebatadoras melodías. Nunca tan dulce flauta, nunca llorona tan enternecedora acompañó á la hoguera á las jóvenes heridas por muerte precoz. La lira baja el tono para mecer sus almas adormecidas, pero no disminuye en armonía. Al son del ritmo puro de esos cantos fúnebres creo ver desfilar los Cánforos del Partenón llevando sobre las espaldas una urna cineraria en vez del canastillo de Minerva.—«Clearista no ha recibido á un marido, sino á Plutón, como presente de bodas, cuando desató el velo virginal. Ya resonaban las flautas de la noche cerca de la cámara de la desposada; ya hacían resonar las puertas nupciales manos ardientes; y las flautas de la mañana han prorrumpido en sollozos, y el Himeneo turbó el

silencio con gritos horribles. Las antorchas que debían alumbrar á la esposa, al dirigirse al lecho, sólo han alumbrado para ella el camino de la muerte.»

A este quejumbroso canto contestan, á través de los siglos, los gritos que llenaron el palacio de Verona, cuando la madre descubrió á su hija Julieta inanimada sobre el lecho.—«¡Oh hijo mío! la noche que precedió á tus bodas, la muerte entró en el lecho de tu prometida, y ve aquí á la pobre flor desflorada completamente por ella. El sepulcro es mi yerno, el sepulcro es mi heredero, el sepulcro ha desposado á mi hija. Los preparativos de fiesta se convierten en aparato fúnebre. Nuestro concierto se ha trocado en toque de difuntos, nuestra comida de boda en banquete de exequias, nuestros himnos solemnes en cantos lúgubres. El ramillete nupcial sólo ha servido para una muerta y ha hecho que todo cambie de destino.» (1)

Es de Meleagro el delicioso epitafio que parece trazado con la punta del dedo en el polvo de una tumba:—«¡Salud, oh tierra, madre universal! ¡Salud! ¡Sé ligera para Aisigene, ya que ella ha pesado tan poco sobre ti!»

Me detengo en esta última flor: Meleagro tiene la ligereza de su Aisigene; ha pesado tan poco sobre la tierra como ella, por lo que hasta el elogio no debe más que resbalar sobre él. Su poesía es el canto del cisne del Eros alado de la Grecia. Detrás de él ya vienen los alejandrinos y los romanos. Domesticaron un solo instante el gracioso Amor helénico, como á una ave exótica; pero pronto la ahogaron con sus caricias triviales ó groseras. La belleza griega sonrío en Meleagro por última vez.

El interés que nos inspiran los versos de Meleagro y de sus contemporáneos de la *Anthología*, consiste en la claridad que arrojan al declinar la antigüedad sobre la Grecia semiorientada del Asia menor y del archipiélago. Ese momento histórico tiene muchos puntos de contacto con la Venecia del siglo xviii, y nos creemos transportados allí.—La misma molición de costumbres, la misma enervación voluptuosa, la misma decadencia ociosa y lasciva. Pululan allí las cortesanas aduladas y casi honradas, como las *honeste meretrici* de Venecia; perpetua bacanal, anticipa seis meses el carnaval. Los navios se deslizan como góndolas, cargados de amores y de mensajes amorosos. Viajes de una isla á otra, con el objeto de traer ó de juntarse con una querida, recuerdan los paseos galantes al Lido. Las ramilletteras, que circulan cargadas de rosas por las calles de Rodas ó de Chipre, y á las que los poetas lanzan al pasar provocaciones libertinas, recuerdan á las ligeras vendedoras de flores que se deslizaban por entre las columnas y sobre los mármoles de la plaza de San Marcos. Hasta los epigramas de la *Anthología* son las *canzones* y los sonetos de la Grecia.—A dos mil años de distancia, y á la claridad de un mismo crepúsculo, Venecia, como en un espejo profético, se dibuja con líneas jónicas, dentro del marco brillante del mar Egeo.

PAUL DE SAINT-VICTOR.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

María Tubau.—Su nombre es tan popular en España y América, que no es menester que á su retrato añadamos dato biográfico alguno. La justa fama de que goza esta celebridad del arte dramático hace inútil también el que la prodiguemos esos elogios que acompañan á las medianías.

La significación de María Tubau puede encerrarse toda ella en una sola frase, tan significativa como verdadera: «Es la primera actriz española.»

Episodio de la batalla de Trafalgar.—En la sección retrospectiva de la historia de la pintura de Goya hasta nuestros

(1) Shakspeare.—*Julieta y Romeo*.

días, figura en la actual Exposición internacional de Bellas Artes este originalísimo cuadro del notable artista Sr. Sans, que recuerda una de las páginas más sublimes de la historia patria: la trágica y gloriosa derrota de Trafalgar, en la que tantos héroes fueron derrotados por los elementos, más bien que por el enemigo.

Bandera de las Navas.—Consérvase, entre otros venerables monumentos antiguos, en el Real Monasterio de las Huelgas de Burgos este precioso recuerdo del triunfo de las Navas, á cuya victoria se debe la fundación del Monasterio por el Rey D. Alfonso VIII, y se conserva todavía, en expresión de un historiador, tan esplendente como fresca é indelible será siempre la gloria de aquel día para los españoles.

El paño, que es tejido, lleva varias inscripciones en caracteres cúficos, leyéndose en ellos el nombre de *Medina, Al bayda*, la ciudad de Fez, en donde se hicieron los grandes preparativos para aquella segunda invasión sarracena, que la creyeron los árabes tan poderosa y decisiva como las que capitanearon Torik y Muza.

Asombra el colorido tan fresco que conserva este paño árabe, admirablemente custodiado por unas flacas mujeres durante ocho siglos, cuando naciones poderosas no han podido conservar los inmensos tesoros que poseían.

Una vez al año lo sacan procesionalmente las monjas, en conmemoración del triunfo que representa, y hoy pueden contemplarlo los historiadores, los arqueólogos y los poetas en la Exposición, para sentir á su vista los encantos de lo pasado y percibir las huellas palpantes de las glorias nacionales.

Nueva estación de Atocha.—Años hace que Madrid reclamaba de las empresas de ferrocarriles edificios para sus estaciones dignos de la capital de España. La Compañía de los ferrocarriles del Norte primero, y ahora las del Mediodía, han colmado con creces estas aspiraciones del público, construyendo locales cómodos y adecuados para el objeto á que se destinan.

La estación de Atocha, que se inaugurará en breve, es un magnífico edificio, como pueden apreciarlo nuestros lectores por la fototipia que publicamos, que viene á embellecer aquella parte de Madrid donde, de algún tiempo á esta parte, se vienen haciendo grandes é importantes construcciones, entre las que figurará muy pronto el nuevo Ministerio de Fomento y la Basílica de Atocha.

ADVERTENCIAS

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

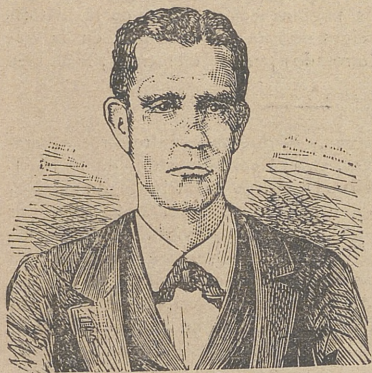
TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

EL VERDADERO ZARAGOZANO



D. MARIANO CASTILLO Y OCSIERO

FABRICACION DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por *D. Mariano Castillo y Ocsiero*, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:
En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y cartera, de las que vendemos **un millón y doscientos setenta mil ejemplares.**

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanques, por ser en originales del celebrado *D. Mariano Castillo y Ocsiero* y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Grandiosa obra, única en que se reúne en fotografía inalterable, por *J. Laurent*, cuanto notable en pinturas modernas y antiguas tiene España, como también nuestros hermosos monumentos, la escultura, orfebrería, más las excelentes colecciones de tapices que posee la Real Casa, juntamente con los preciosos y numerosos modelos existentes en la Real Armería de Madrid.

Esta magnífica obra se compone de cuatro series, cuyos títulos son:

1.º El Arte moderno español. — 2.º Museos de España. — 3.º Monumentos arquitectónicos y la Escultura. — 4.º Tapicería de la Real Casa y Real Armería de Madrid.

Esta obra se puede adquirir completa ó por series sueltas, encuadrada en elegantes tapas: cada serie forma dos tomos, uno de láminas y otro de texto. Precio de la obra completa y encuadrada, 150 pesetas; por series sueltas, á 38 pesetas.

El texto de esta obra está redactado por la brillante pluma del Excmo. Sr. *D. Pedro de Madrazo*, eximio literato y eminente crítico de artes.

Se halla de venta en la Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid, y en las librerías.

ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL
DOCTOR RABUTEAU
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. *D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO*
Y *D. TOMÁS JAUREGUI Y ECHAVE*

Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la **TERAPÉUTICA** del doctor *Rabuteau* es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado á ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE *F. LAURENT*

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON *NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO*
DON *ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS*
Y DON *TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA*

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de *Pablo Chenavard* y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de **50 céntimos de peseta.**

OBRA DE SENSACION ESTUDIOS DE ECONOMÍA SOCIAL

DE *D. RAFAEL MARÍA DE LABRA*

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á *los fundamentos de la escuela contemporánea*; la segunda estudia *la cuestión social*, y la tercera se relaciona con *el obrero de nuestros tiempos.*

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR *J. A. FORT*

Director de la *Revista Quirúrgica*
y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

Acaba de ponerse á la venta la tercera y última edición española, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos.*

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. *Armas y Céspedes*; forma dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto. Precio de la obra: 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias.

Los pedidos á la casa editorial de la *Viuda de Rodríguez*, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR *F. MORALES SÁNCHEZ*

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por *Victor Hugo*, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juriconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre *Juan Croisset*.—Jesucristo, por *Mr. Louis Veillot*.—Diccionario de la lengua castellana, por *D. E. Marty Caballero*.—Aventuras de *Gil Blas de Santillana*, por *Mr. Lesage*.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por *D. Emilio Castelar*.—Tratado completo de Agricultura moderna, por *D. Gumersindo Ucuña y otros distinguidos colaboradores*.—Tratado completo de Contabilidad, por *D. Francisco Tejedor y González*.—En alas de la fortuna, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—Candelas y los bandidos de Madrid, por *D. Antonio García del Canto*.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por *D. Ramón Ortega y Frias*.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó correspondientes, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de *J. Laurent y Compañía*, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.
Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.